

jarse y ponerse á cubierto: era lo más urgente, y no se necesitaba mucho tiempo ni el mayor empeño para hacer casas de madera, de paja y de hojas de palmas. Más tiempo se gastó en fabricar la iglesia, el arsenal y la casa del gobernador, porque se hicieron estas fábricas de piedra y cal, de que había abundancia, y despues se fueron haciendo las casas públicas de piedra; las demás de madera y paja, conforme la posibilidad de cada uno. Esta nueva ciudad fué la primera que se fabricó y fundó por los europeos en el Nuevo-Mundo, y el Almirante la puso el nombre de Isabela, en memoria de la Reina Doña Isabel. Corrió el padre Fr. Bernardo Boil con la fábrica de esta primera iglesia (*) de las Indias, tratando desde luego de edificar un monasterio para vivienda de sus misioneros, siendo la primera diligencia á que debia atender; y en efecto, no perdieron tiempo el vicario apostólico y sus doce compañeros, porque apénas pusieron pié en tierra en la isla, y concluyeron su iglesia y convento, que empezaron á trabajar en la conversion de los indios, aunque se puede decir con Gomara, (**) que la habian principiado los Reyes Católicos, pues

(*) Don Gabriel de Cárdenas.--Prólogo á los Comentarios del Perú Circafinem.

(**) Francisco López Gomara, fol. 3. Hist. Ind. ibid. cap. milagros, conversion, fol. 19, parte primera.

sacaron de pila los indios que recibieron la gracia del bautismo en Barcelona, dignándose ser sus padrinos (*). Que el vicario apostólico, el padre Boil, fabricase la iglesia primitiva de las Indias, consta de los autores que con gran diligencia registró el citado D. Gabriel de Cárdenas, siendo repugnante, como se ha dicho, que el padre Marchena acompañase á Colon en su primero y segundo viaje; y en caso de haberse fabricado en la Navidad iglesia pajiza y convento de ramas, en memoria del padre Fr. Juan Perez de Marchena, por los franciscanos, que segun mi conjetura fueron con Colon en su primera navegacion, como halló el Almirante en su segundo viaje destruido su presidio y abrasado, y en consecuencia ni rastro quedaria de la iglesia y casa Pereciana, que quiere Aroldo fuese la única que hubiese y encontrase el padre Boil, de todos modos le fué preciso al vicario apostólico erigir iglesia y alojar á sus compañeros; los que de pronto tal vez fabricarian casas pajizas sueltas alrededor de la iglesia, hasta tanto se pudiese hacer un monasterio formal donde quisiesen acomodarse, siendo más verosímil que por la diversidad de institutos de sus misioneros, cada cual quisiese vivir aparte por entónces.

(*) Gonzal. Fernad. de Oviedo, lib. 2, cap. 7, Crónic. ind. cit. por Cárdenas, Prólogo ut supra.

Estando la gente entretenida en la construcción de esta nueva ciudad y de sus casas, se hicieron sentir los efectos de la hambre, sea porque no hicieron bien las provisiones de boca, sea que por el poco cuidado en su distribución y guarda, estaban escasas y podridas, añadiéndose la fatiga del viaje, el trabajo continuado de las obras en el que todos estaban iguales, la mudanza de temperamento y los excesivos calores, comenzaron los nuestros á enfermarse de golpe, y el Almirante, como que llevaba el peso de la flota y de todo lo que se disponía en tierra, para corresponder á las esperanzas que de él se habían concebido en tan importante negocio, cayó primero enfermo, y aunque en cama, solicitaba la obra de la Villa y daba calor á los trabajos, aprovechándose, como hábil político, de las disposiciones en que hallaba á los suyos, que con la esperanza de enriquecerse no perdonaban cualquiera diligencia, sufriendo con entereza los rigores de la hambre y de la necesidad; y para entretenerlos en sus esperanzas de una fortuna muy grande y cercana, determinó enviar á reconocer las minas de Cibao; y como por su enfermedad no podía ir en persona á saber lo que era su Cipango, encargó esta comisión á Alonso de Ojeda, esforzado capitán, dándole un destacamento de quince soldados bien armados. El capitán Ojeda era hidalgo

que había servido al duque de Medina Sidonia, de cuerpo pequeño, pero se decían cosas increíbles de sus fuerzas y agilidad; era de un ánimo intrépido y grande, capaz de las mayores empresas, más ambicioso que nadie, de un corazón muy altivo, nada interesado y de un ingenio muy fecundo en arbitrios; ninguna dificultad apocaba su gran valor, pero era desgraciado en sus empresas, tanto que zozobraba en las más bien concertadas. Luego que salió el capitán Ojeda de la Isabela, caminó ocho ó diez leguas por un país despoblado, y entrando por una cañada de montes muy estrecha, dió en una hermosa vega, llena de poblaciones, bien cultivada y entrecortada de un gran número de arroyuelos que van por la mayor parte á dar al río Yaqui. Desde donde estaba Ojeda no tenía que andar más que diez á doce leguas para ganar las minas de Cibao; pero como todos los caciques le recibían con mucha cortesía, y tenía que atravesar muchos arroyos y ríos de aquella provincia, se tardó cinco días para llegar á Cibao: conforme iba caminando, más experimentaba que entraba en un país abundante de oro; la mayor parte de los ríos que pasaba, arrastran en sus aguas pajas y granos de oro revueltos con arena: al fin se halló al pié de los montes de Cibao: esa voz significa montaña peñascosa, derivada de *ciba*, que quiere decir en lengua de indios una peña

ó un guijarro. La entrada de esa region es muy espantosa á la vista por la altura y fragosidad de los montes; pero, en recompensa, se respiran alli aires muy puros y sanos, y corren por todas partes arroyos de aguas muy cristalinas, y los indios que acompañaban á los castellanos cogian oro en su presencia á cada paso. Ojeda, muy contento de su descubrimiento (que correspondia tan bien á lo que publicaba la fama de las minas de Cibao), cogió las muestras de oro que le pareció que bastaban para informar de la abundancia de este metal, y se volvió á la Isabela, donde encontró al Almirante ya bueno, quien se alegró mucho con estas noticias, y cobraron tambien nuevos alientos á vista del oro los del ejército, quienes, en la fundacion de la nueva colonia, se habian disminuido con la muerte de bastantes cristianos, y los que quedaban estaban ya para rendir, reducidos por la hambre y la desesperacion á un estado miserable y á un langor mortal.

Año de 1494.—Aprovechóse el Almirante de esta buena coyuntura para despachar en este año de mil cuatrocientos noventa y cuatro los doce navíos de la armada, á cargo de D. Antonio de Torres, enviando á los Reyes Católicos estas muestras de oro y los regalos de valor que le habia hecho el Rey de Marien, con una relacion muy circunstanciada de lo que hasta aquel punto habia

hallado, y se reservó dos naves y tres carabelas. Ya estaba la flota á punto de partir, cuando tuvo aviso el Almirante que algunos descontentos de la Isabela, cansados por la fábrica de la nueva villa y desazonados por las enfermedades que los aquejaban, cuando creían que al instante que saltasen en tierra habian de cargar mucho oro, sin hacerse cargo de las fatigas y industria que se requiere para cogerlo, llamándose á engaño intentaron secretamente rebelarse, y dejando la obediencia del Almirante tomar por fuerza los cinco navíos que quedaban, ó alguno de ellos, para volverse á Castilla. Era cabeza de los revoltosos Bernardo de Piza, capitán de justicia de la Corte, que habia venido con el armamento por contador del Rey. No creyó el Almirante que convenia hacerse desentendido sobre este principio de rebelion; mandó prender á Bernardo de Piza y ponerle en un navío, con propósito de enviarlo á Castilla con el proceso de su delito, que no solo contenia el de la sublevacion, sino el de haber escrito falsamente algunas cosas contra el Almirante, que habia hallado escondidas en cierto lugar del navío, y á los principales cómplices de la sedicion mandó castigar, aunque no lo hizo con la severidad que merecia el caso, siendo la conducta del Almirante tan sábia. Mas como no siempre la sabiduria es la que nivela los sucesos

de los eventos, este acto de justicia, tan necesario en semejante circunstancia, y donde se guardó todas las formalidades requisitas, fué el origen de la contradiccion que el Almirante y sus sucesores tuvieron en aquellas partes, y tuvo unas consecuencias muy funestas para él y toda su familia. Para precaverse de otra rebelion, dejó buena guardia en las dos naves y tres carabelas, y hizo meter en la Capitana todas las municiones y armas de los otros navíos, para que ninguno pudiese alzarse con ellos, como lo habian intentado miéntras estaba enfermo; y ésta fué la primera alteracion que se experimentó en Indias y dió márgen á sus émulos para que le infamasen, le notasen de cruel y contradijesen sus preeminencias.

Ordenadas todas estas cosas, y asegurada esta centella de rebelion, quiso el Almirante visitar las minas de Cibao; y llevando consigo herramientas y operarios necesarios para fabricar allí una fortaleza, eligió para que le acompañasen un gran número de voluntarios, y lo mejor de sus tropas, y dejando al más pequeño de sus hermanos (Don Diego Colon) por gobernador de la Isabela, marchó, puesta en órden su gente, como si fuese á la guerra, con cajas, clarines y banderas desplegadas. El fin del Almirante, al llevar todo este aparato de guerra, fué para que

los isleños conociesen el poder de los cristianos, y comprendiesen que cuando por aquella tierra hiciesen algun daño á los cristianos que caminaban solos, como lo habian hecho con Arana y los treinta y ocho cristianos que habian quedado con él, tenia poder para castigarlos á cualquiera movimiento que hiciesen contra él y su tropa; pero no sacó de esta demostracion ruidosa todo el fruto que pretendia: espantó aun más á los indios, cuando se esperaba veneracion y respeto para con él y los castellanos; y cuando Ojeda pasó por aquella tierra todos los indios venian con gusto á presentarse delante de este oficial y ofrecerle todo género de refrescos y todos los servicios de que eran capaces; pero en esta ocasion huían por todas partes espantados luego que oían estos instrumentos militares y reconocian este aparato guerrero que los hacia temblar de miedo. Sin embargo, muy en breve volvieron en sí, depuesto su susto, porque Colon, luego que reconoció el mal efecto de su marcha ruidosa, trató con sus buenos modales y con regalos que hizo á este pueblo tímido, asegurarse de su fidelidad. Caminó tres leguas; y como los indios hacen los caminos tan angostos que solo puede pasar un hombre por ellos, envió gastadores al cargo de algunos hidalgos para que abriesen camino por la garganta de las montañas que tenia que atravesar, no sien-

do posible de otro modo que pudiese pasar la caballería. Así pasó por un puerto de una montaña bien áspera, á que puso por nombre el Puerto de los Hidalgos, por la razón dicha, y este fué el primer puerto que se hizo en Indias. Desde allí descubrió una vasta llanura, que por ser tan fresca, verde y hermosa la llamó el Almirante la Vega Real. La atravesó por aquel paraje que no tiene más que cinco leguas de ancho y se halla á las orillas del Rio Yaquí, tan caudaloso como el Ebro en Tortosa, según la expresión de Herrera, que la gente pasó en balsas y canoas; y por estar sus orillas cubiertas de cañas, lo llamó el Almirante el Rio de las Cañas, sin acordarse que en su primer viaje le había llamado el Rio del Oro, que sale á la mar junto á Monte-Cristo. Pasado este rio se encontró con una gran población de indios, cuyas casas eran redondas, cubiertas de paja, con una puertecilla que era menester bajarse mucho para entrar en ellas. Luego que lo vieron los tímidos indios, se ahuyentaron, y los que quedaron en las casas atravesaban á sus puertas algunas cañas.

El Almirante, conocida tal simplicidad, mandó que no se les hiciese mal; acariciaba á los que encontraba, con lo que se tranquilizaban. Lo mismo le sucedió en los demás pueblos, pues (según la costumbre que tenían) ningun indio se atrevía

á entrar por la puerta donde había semejantes barras.

De aquí pasó el Almirante á otro bellissimo rio, que llamó Rio-Verde, cuyas aguas le parecían fresquissimas, y fué á parar aquella noche al pié de un monte, que es el puerto de Cibao, porque desde que se pasa comienza la provincia de Cibao, á la que Herrera da tanta extensión como la del reino de Portugal. Subido el puerto, tuvo segunda vez el Almirante el gusto de recrearse con la vista de la Vega Real, que se descubría casi toda entera porque allí estaba como en medio de su longitud. Parecía un jardín bien cultivado, entrecortado de cañerías naturales, que parecían hechas á propósito, y llevaban unas aguas abundantes y limpias por todas partes, cargadas de granos y polvillos de oro, y las más saludables del mundo. Siguió su camino por las tierras de Cibao, que son ásperas y peñascosas, bañadas por infinitos rios y arroyos, y en todos se hallaba oro, porque las grandes lluvias traían de lo más alto de los montes los granillos menudos de oro á los arroyos. Hay pocas arboledas en toda esta provincia, que es sequísima, salvo en los bajos de los rios, y por la mayor parte son pinos y palmas de varias especies: en lo demás, es tierra sanísima, los aires son suaves y las aguas buenas y delgadas.

Salian los indios á los caminos á recibir al Almirante con presentes de comida y granos de oro, despues que supieron que venia por esta razon: á mas de eso, en diez y ocho leguas que tenia andadas el Almirante desde la Isabela, se descubrió una mina de cobre, otra de azul fino, y otra de ámbar: por la cortedad de esas minas no se ha hecho caso despues, ni se ha oído hablar desde aquel tiempo de tales minerales. No obstante, bien merecia mayor atencion tomar posesion de un pais donde á cada paso se pisaba el oro y se veian producciones minerales tan útiles.

Considerando, pues, el Almirante que la tierra que dejaba á las espaldas era muy áspera, mandó, para seguridad de los cristianos que anduviesen en las minas, labrar una casa fuerte ó castillo en un sitio muy ameno, casi aislado por un rio llamado Janique, que se edificó de tapia y madera, guarnecido de un buen foso, donde no le cercaba el rio. Llamóse este castillo la fortaleza de Santo Tomás, en memoria de la incredulidad de algunos, que porfiaban en no creer lo que se decia de las minas de Cibao, hasta que vieron el oro por sus ojos. Dejó el Almirante por alcaide ó gobernador de aquella nueva fortaleza á D. Pedro Margarit, caballero catalan, hombre de mucha autoridad, á quien Oviedo le da muchas veces el título de comendador, dándole cincuenta y seis solda-

dos y algunos maestros para la construccion del castillo, y el Almirante se volvió á la Isabela, adonde llegó el dia veinte y nueve de Marzo, y halló esta ciudad en el estado más triste. Las municiones de boca estaban ya á punto de acabarse de total: no se podia acostumbrar la gente á los alimentos de la tierra, fatigada mucho de las obras, y casi toda muy débil y trabajada por la sutileza del aire y penuria de bastimentos, por lo cual caían enfermos, sin tener más alimentos de Castilla que bizcochos y vino, por el mal gobierno que habian tenido los capitanes de los navíos, y tambien porque en aquella tierra no se conservaban las cosas como en la nuestra: con la escasez de víveres enfermaban muchos de melancolía, y conforme menguaban los bastimentos, no habiendo remedios para la asistencia y cura de los males, menguaba la gente, y porque faltaba ya el bizcocho y la harina para hacerle, determinó hacer algunos molinos para moler trigo; y estando la gente de trabajo enferma, convenia que los nobles trabajasen, cosa que sentian de muerte, y más viéndose constreñidos á unos trabajos penosos y humildes, y mal comidos: comenzaron entónces las quejas, que fueron sostenidas del padre Boil, que empezó á indignarse contra el Almirante, reprendiéndole de cruel: otros autores dicen que su odio procedió de no darle

para sí y para sus compañeros y criados las raciones tan crecidas como queria; pero refieren con más razón otros historiadores, y son los más, que despues que el Almirante concluyó la poblacion de la Isabela (*) y dado otras providencias, se fué en tres carabelas á descubrir tierras, como lo mandaron los Reyes, y descubrió á Cuba por el lado meridional, á Jamaica y á otras islas pequeñas; que vuelto á la Española, por haber hallado los suyos muy alterados y haber tenido poco respeto á sus hermanos, como tambien por haber hecho mal á los indios, castigó á algunos de ellos ásperamente, mandando ahorcar y azotar cruelmente ántes á las cabezas de las facciones y alborotos: aunque Colon ejecutaba estos castigos con justicia, le parecieron muy ásperos y excesivos al padre Boil; y así, como vicario apostólico, que tenia las veces del Papa, íbale á la mano al Almirante, fulminando contra él las mas rigorosas censuras: hacia cesar el oficio divino, y el Almirante mandaba cesar la racion del padre Boil y de sus compañeros. Mosen Pedro Margarit, castellano de la fortaleza de Santo Tomás, amigo y paisano del padre Boil, y otros caballeros distinguidos entendian en hacerlos amigos y por poco tiempo lo conseguian. De esto nacieron diversas opiniones

(*) Franciseo Lopez de Gomara. fol. 18, histor. ind.

(que serian las honestas contenciones que dice Bocio (*) nacia entre Boil y el Almirante sobre no maltratar los indios): así anduvo la cosa muy revuelta mucho tiempo en gran perjuicio de la conversion, y el uno y el otro escribieron sobre ello á los Reyes: verémos breve las consecuencias de estos disgustos.

Hallándose el Almirante con estos sinsabores, llegó aviso de la fortaleza de Santo Tomás, que el cacique Caunabo se apercibia para ir á sitiarla con cantidad grande de indios, desamparando ya los indios de la Isabela sus pueblos. Envió inmediatamente al capitán Ojeda á Santo Tomás con buen número de soldados, que serian más de trescientos, para suceder á Margarit en el gobierno de la fortaleza, como quien habia trabajado tanto el invierno pasado en descubrir la provincia de Cibao, con orden de dar gente al referido Margarit, para que anduviese por la tierra, y enseñase las fuerzas de los cristianos, mayormente por la vega real, adonde habia muchos caciques y indios belicosos, y asimismo para que los castellanos se fuesen poco á poco haciendo á los alimentos de la tierra, porque cada dia habia más falta de los mantenimientos de Castilla. El capitán Ojeda marchó con toda diligencia hácia la

(*) Thom. Bocio, lib. 1, de sig. Eccles.

Vega Real, y despues de haber pasado el Rio del Oro, prendió al cacique de allí, á su hermano y á un sobrino, y los envió al Almirante con cadenas: mandó cortar las orejas á un indio en medio de la plaza por haber dejado unos soldados que pasaban un rio sin ropa, volviéndose al pueblo con ella, y el cacique en lugar de castigarlo tomó para sí la ropa y no la quiso restituir. Otro cacique, confiado en los servicios que habia hecho á los cristianos, determinó ir con los presos á la Isabela para rogar por ellos al Almirante, quien en llegando los presos, mandó que en la plaza les cortasen las cabezas; pero á contemplacion del cacique, que con lágrimas pidió sus vidas prometiendo que no cometerian otro delito, les dió por libres. Súpose tambien que cinco cristianos, viéndose cercados en el territorio del cacique, preso por una multitud grande de indios, los hizo huir á todos, atropellándolos con los caballos. Con esto se sosegaron por entónces los rumores que se tenían en la Española, y resuelto el Almirante á ir á descubrir la tierra firme, como los Reyes se lo habian mandado, y para que la isla quedase bien gobernada, formó un consejo que quedase en su lugar, y se componia de D. Diego Colon, su hermano, con título de presidente, y por consejeros el padre Fr. Boil y Pedro Hernandez Coronel, Alguacil mayor, y regentes Alonso Sanchez de Car-

bajal y Juan de Lujan; y para que no faltase harina para el socorro de la gente, procuró con gran solicitud la fabrica de molinos: á todos dió instrumentos como mejor le parecia que convenia, y tomando una nave y dos carabelas con la tripulacion necesaria, salió á descubrir por la tierra de Cuba, sin saber si era isla ó tierra firme: gastó como cinco meses en este viaje, desde veinte y cuatro de Abril hasta veinte y siete de Septiembre. Dió toda la vuelta á la isla de Cuba, y se desengañó que no era tierra firme, aunque algunos historiadores dicen, que dudó toda su vida si era isla ó continente. Descubrió despues otra isla grande, á la que puso el nombre de Santiago, pero el de Jamaica que le daban sus habitantes, quedó prevaleciendo. Sufrió muchos trabajos en esta navegacion, tanto por falta de víveres como por las tempestades y otros accidentes: corrió grandes riesgos, y varias veces naufragó y dió en bajíos; al fin tocó en la isla de la Mona, isla pequeña, que cae entre la Española y Puerto Rico: allí enfermó de cuidado, y á toda priesa le llevaron los marineros á la Isabela, y el contento que recibió el Almirante con la presencia de su hermano D. Bartolomé fué tan grande, que en breves dias recuperó la salud. Habia muchos años que no se habian visto, y desde que habia ido á ajustar el descubrimiento de las Indias con el Rey